

CALIDAD Y EQUIDAD: DESAFÍOS ESTRATÉGICOS PARA LA EDUCACIÓN SUPERIOR DE AMÉRICA LATINA

La educación superior (ES) ha experimentado en América Latina un crecimiento muy relevante en las últimas décadas. Desde 1990 a la fecha el número de estudiantes ha pasado desde menos de 7 millones hasta cerca de 25 millones. Ello significa que se ha pasado de una tasa bruta de matriculación ligeramente por encima del 20% a una tasa bruta promedio ponderada superior al 54%. Además, en todos los países de la región la participación de las mujeres es igual o superior a la de los hombres.

Estos números constituyen la expresión de políticas públicas manifiestas de expansión y masificación de la ES, políticas que van de la mano con una creciente preocupación por la calidad de la formación de capital humano avanzado. Lo anterior se ha traducido en la región en la instalación de sistemas de aseguramiento de la calidad junto con el diseño de sistemas de evaluación y rendición de cuentas de la calidad de las instituciones y sus programas, tanto de pregrado como postgrado.

No obstante, debe considerarse que si bien ha aumentado el acceso, se estima que la mitad de los entrantes no se titula. Una mirada en mayor profundidad sugiere que la mayoría de quienes no terminan sus estudios corresponde a los alumnos más vulnerables económica y socialmente. También, aquellos alumnos de grupos más vulnerables que logran terminar sus estudios alcanzan un posicionamiento menos favorable en el mercado laboral que sus pares de nivel socioeconómico alto.

Así las cosas, la equidad en el nivel de la ES constituye un desafío estratégico insoslayable para América Latina. La equidad implica generar condiciones de igualdad de oportunidades en el acceso, en los procesos formativos, en los resultados de la formación y en la posterior inserción profesional o técnica.

Si bien en la región ha mejorado significativamente la equidad en el acceso, existen diferencias altamente significativas en la proporción de estudiantes de los niveles socioeconómicos más altos que alcanzan este nivel educativo en comparación con los más bajos. La brecha de participación entre los quintiles de mayores y menores ingresos es en promedio de 35 puntos porcentuales. En 12 países de la región menos del 15% de los jóvenes del quintil más pobre están en ES y en ningún país ese indicador supera el 30%.

Cabe indicar, en este contexto, que el empleo de pruebas de selección estandarizadas para el acceso a la ES es plausible en la medida que se combine con otros antecedentes académicos, tales como la posición relativa del estudiante durante su enseñanza media. En caso contrario se corre el riesgo que los mejores alumnos de colegios más vulnerables tengan peores resultados de admisión que los alumnos promedio o inferiores al promedio de los colegios más privilegiados económica y socialmente.

Sin embargo, lo anterior no basta. Los procesos educativos deben garantizar niveles de equidad que implican, entre otros, identificar y proporcionar ayuda sistemática, permanente e ininterrumpida a los estudiantes que se rezaguen o tengan un rendimiento no deseable en una asignatura dada. Además, se requiere responder a la diversidad de estudiantes haciendo esfuerzos institucionales para su incorporación exitosa a los procesos formativos, lo cual se debe complementar con el fortalecimiento de los recursos y las condiciones de infraestructura y equipamiento, así como la toma de conciencia del profesorado de su rol como formador y no solo como evaluador.

De modo similar, los resultados del proceso formativo deben garantizar, además de niveles equivalentes de conocimiento, las habilidades sociales, capacidades de comunicación y emprendimiento y otras aptitudes del siglo XXI, a fin de favorecer las oportunidades de los titulados en el mundo laboral o dotar de los conocimientos básicos y las capacidades para el emprendimiento individual o colectivo.

Por un imperativo de justicia educacional, el objetivo de equidad en ES debe ser incorporado en los sistemas de evaluación de la calidad, ya que no es posible sostener que existan altos niveles de calidad en instituciones despreocupadas de la equidad en el acceso, en los procesos y en los resultados.

ANDRÉS BERNASCONI
Centro de Justicia Educacional,
Pontificia Universidad Católica de Chile

LILIANA PEDRAJA-REJAS
Universidad de Tarapacá